



## LAMENTACIÓN Y JÚBILO

### HERMAN HOEKSEMA

(1886-1965) fue el primer editor del *Standard Bearer* (*El Portaestandarte*), uno de los fundadores de la iglesia PRC y su seminario, y pastor durante mucho tiempo del First PRC en Grand Rapids, Michigan.

*Se trata de una reimpresión (con pequeñas modificaciones) de una traducción al inglés realizada por Homer C. Hoeksema de una meditación holandesa escrita por su padre. "Klaagtoon en Jubellied" Fue publicado el 1 de noviembre de 1927 en el Standard Bearer (v. 4, p. 49). La versión en inglés se publicó por primera vez el 15 de marzo de 1988 en el Standard Bearer (v. 64, pág. 412).*

**¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro—Romanos 7:24, 25.**

¡Lamentándonos y regocijándonos!

¡Cantando a través de nuestras lágrimas!

Luchando en una terrible batalla, y en el calor de la batalla gritando de alegría por la victoria segura.

¡Maravillosa paradoja!

Extraño contraste, casi irreconciliable.

Sin embargo, un contraste que es la característica que inmediatamente llama la atención en estas palabras del apóstol: "¡Miserable de mí!". Tal es el lamento. Así clama el apóstol. Así oímos su grito casi desesperado por encima del ruido de la terrible lucha. "¿Quién me libraré?". Así suena el grito desesperado de alguien que está en grave peligro, que está rodeado de poderosos enemigos y que, exhausto, está a punto de abandonar la lucha; que mira a su alrededor en busca de una salida, pero no ve ninguna liberación. "¡Gracias a Dios!". Éste es el canto triunfal del alma librada, la alegría del corazón ensanchado, el grito de esperanza del soldado que, rodeado de densas tropas enemigas, empuña de nuevo sus armas, lleno de valor, seguro de la victoria. "¡Por medio de Jesucristo, nuestro Señor!". Es el grito de triunfo del luchador cansado que, casi exhausto, cobra nuevo aliento en el fragor de la batalla al ver a un poderoso Ayudador que lo llevará a la victoria segura...

Así entendido, el contraste es también reconciliado. Porque entonces podemos reformular el significado de estas misteriosas palabras de la siguiente manera: ¡Oh, hombre miserable que soy, miserable en mí mismo, sin fuerzas para la batalla y sin esperanza de victoria cuando me miro a mí mismo! Doy gracias a Dios, quien en principio me ha librado y que me hará partícipe de la salvación total y me concederá la final y completa victoria a través de Jesucristo, el poderoso Ayudador, mi Dios y mi Señor.

¿Quién habría, excepto el hijo nacido de Dios, con la gracia de la salvación en su corazón, que tomaría en sus labios este cántico de lamentación y júbilo, este cántico de llanto y triunfo?

¿Quién hay en el mundo que clame: «¡Miserable de mí!»?

¿Quién hay entre los hijos de este mundo, que tienen su parte en este mundo, a quien el Señor llena el vientre con su tesoro oculto, que se queja: "¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte"?

¡Nadie! Esta queja jubilosa nunca se escucha en el mundo.

De hecho, el mundo también conoce la miseria. Hay mucho sufrimiento en el mundo. También en el mundo hay llanto, clamor y lágrimas a causa del sufrimiento de este tiempo presente. Indescribiblemente grande y profundo es el sufrimiento que también hace que el mundo se estremezca de dolor; más allá de toda descripción, es el dolor del alma, el insoportable dolor del corazón que también se sufre en el mundo. También allí se encuentra el dolor y la tristeza; también allí se encuentra la ansiedad y el temor que roe el alma. Basta con visitar los hospitales y dejar que la mirada se pose sobre los que sufren, los que están postrados en cama; O entrar en las instituciones para los enfermos mentales, para aquellos cuyas facultades mentales están alteradas, y observar aquí los ojos apagados de aquellos que han sido privados de la luz del entendimiento y allí las facciones distorsionados de un rostro humano que, de otro modo sería hermoso, o allí la mueca sin sentido del insano que atormenta el semblante del que sufre. O estoy de pie junto al lecho de muerte del impío, el lecho de muerte que pone fin a toda su esperanza; o junto a la tumba abierta del mundo, cuando los restos de sus hijos son enterrados en ella. O traer ante nuestra imaginación la escena infernal de un campo de batalla terrenal, con su suelo empapado de sangre, el estruendo de cañones y sus proyectiles mortales, con su atmósfera de gas venenoso, su furia diabólica y sed de sangre, sus emociones furiosas, sus gritos y sus gemidos, su furia y maldiciones. O visitar las prisiones del mundo y sus pabellones, donde el hombre, creado para ser portador de la imagen del Altísimo y habitar con Él en la bienaventuranza eterna, deben ser vigilados como bestias salvajes detrás de puertas y rejas de hierro fuertemente selladas y de barrotes...

¡Y luego di por ti mismo, si no hay en este mundo una profundidad insondable de dolor!

¿Y aun así...?

¿Quién dice, quién hay en el mundo que se lamente: "Soy un hombre miserable"? ¿Quién hay que busque la causa de toda su miseria en "este cuerpo de muerte"? ¿Quién clama?: "¿Quién me libraré?" ¿Y quién hay en el mundo que concluya su lamentación con el canto triunfal de agradecimiento?: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro"

¡Nadie!

El mundo no busca en sí mismo la causa de todas las miserias, ni comprende que el pecado y la culpa del hombre están en la base de todas las cuestiones. El mundo atribuye la miseria a la situación de las cosas, a las malas condiciones, a la falta de educación, a un mal ambiente, a los malos ejemplos, a las cosas externas. Y el mundo busca la salvación en sí mismo, en un brazo de carne, en una educación más completa, en su propia justicia y en mejores ejemplos, en la capacidad del hombre para vencer el sufrimiento y la muerte. Y en medio de esa terrible lucha del mundo para suprimir o prohibir la aflicción mundial a través del ingenio humano, ¡alza su puño cerrado ante el rostro del Justo!

¡Oh miserable hombre que soy!

¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¡Doy gracias a Dios!

¿Quién hay que se regocije con tanto lamento?

¿Quién da gracias con tanta súplica? ¿Quién, además del hijo salvado de Dios?

¡Nadie!

---

¡Lamentándose en júbilo!

¡Cantando, aunque llore! Suplicando y dando gracias por aquello que fue deseado en la súplica.

¡Regocijándose en la salvación obtenida, y aun así, clamando por la liberación!

Ciertamente, tal es el aparentemente irreconciliable contraste en la vida de cada hijo de Dios mientras esté en este mundo y aun lleve consigo el cuerpo de esta muerte.

No, no es duda, y mucho menos desesperación, lo que se expresa en esa dolorosa pregunta: "¿Quién me libraré?". Él sabe muy bien que ha sido librado en principio. El temible poder de la culpa y del pecado ya no testifica en su contra. La condenación ya no le sonrío con cara de burla. Una vez ha aprendido a regocijarse y puede confesar diariamente, estando

consciente de la fe, que “soy justificado por la fe y tengo paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Y él se regocija con el apóstol en que no hay condenación para él, porque está en Cristo Jesús. En gracia gratuita y por su eterna complacencia, Dios fue misericordioso con él. El amor electivo lo predestinó a la gloria más alta concebible. El amor insondable y profundo del Padre entregó la vida del Hijo para la salvación de los hijos. En el Gólgota se derramó la sangre que pagó completamente también por sus pecados. Y por la ley del Espíritu de vida, también fue liberado de la ley del pecado y de la muerte. La gracia omnipotente se apoderó de su corazón y le dio vida. El poder divino disipó las tinieblas y le dio luz, cortó la raíz de la enemistad de su corazón y lo llenó de vida nueva.

No, este grito: “¿Quién me libraré?” no nace de una duda ansiosa sobre la realidad de la salvación.

Más bien es así, en la medida en que más vive de esa salvación, más fervientemente ora: «Señor, líbrame de este cuerpo de muerte». Cuanto más alto es su nivel de conciencia de la salvación, también clama con más énfasis y pesar: «¡Miserable de mí!».

Después de todo, fue cuando fue liberado por primera vez que sintió la profundidad de su miseria. Anteriormente, él era oscuridad y ni siquiera notaba el temor de la oscuridad en la que caminaba. Entonces, era de la carne y hacía los deseos de la carne. Y toda su mente estaba en enemistad contra Dios. Esto era la muerte. Por lo tanto, ni siquiera sentía el terror del poder de la muerte que lo mantenía prisionero. Su mente más íntima estaba en armonía con el servicio del pecado. No había conocimiento de la miseria, porque él amaba su propia miseria. No había conciencia de lucha porque él mismo era enemistad contra Dios. No había sentimiento de la terrible carga del cuerpo de su muerte, porque toda su existencia interior estaba de acuerdo con el poder de la injusticia.

Pero el amor de Dios se derramó en su corazón...

La vida y la luz vinieron...

Y con esa vida y esa luz vino un nuevo deseo de vida, un impulso de vida diferente... Era el impulso del amor de Dios, de serle agradable, de ser el amigo de Dios y de habitar siempre en su tienda.

Era el impulso del principio de la vida liberada. De acuerdo con ese impulso de su corazón, se dirigió hacia las cosas de Dios y cantó en principio:

Tu palabra es como una lámpara a mis pies, una luz en mi camino hacia el cielo; He hecho un juramento, que gustosamente repito, Que cumpliré, como siempre me he esforzado, Tus justos juicios, santos y completos, Cuando me sea dada tu gracia ayudadora.

(Salterio nº 428, estrofa 8)

¡Pero luego vino también la lucha!

Entonces pareció que en él, se desataba todo el poder maligno del pecado y de la muerte para oponerse a ese nuevo principio de vida, para combatirlo y, si era posible, para aniquilarlo. Y empezó a sentir el poder del cuerpo de esta muerte. Toda la vieja naturaleza pecaminosa, que se ocupa de las cosas de la carne, tal como está gobernada por el poder y el principio de la muerte, y tal como se manifiesta a través del cuerpo en los deseos de la carne, en la vanagloria de la vida, en la lujuria de los ojos, se despertó en él y se volvió contra el nuevo principio de vida. Parecía que había en él una doble ley: la ley del pecado en sus miembros y la ley de la nueva vida en su mente. Llegaron la batalla y la tribulación. Cuando quería hacer el bien por gracia, entonces el mal estaba presente en él. Y así, con frecuencia se convertía en un enigma para sí mismo. Quería el bien, pero no lo hacía. Odiaba el mal, pero lo hacía. Y, sin embargo, siempre fue así, que él mismo ya no hacía el mal. En lo más íntimo de su corazón ya no estaba en eso, como antes. La profundidad de sus deseos siempre se dirigía hacia Dios y sus mandamientos. En lo más profundo de su ser tenía una aversión a la iniquidad y un anhelo interior por hacer que sus miembros fueran siervos de la justicia....

Cuando por la gracia de Dios, puede hacer el bien, entonces su alma lo disfruta. Cuando la ley del pecado que está en sus miembros lo lleva cautivo y le impide ser agradable a Dios, entonces un profundo dolor y tristeza se apoderan de su alma. Entonces hay dolor y

tristeza hacia Dios.

Y ahora surge, de ese temible contraste en su propia vida, el deseo irresistible hacia la salvación completa. ¡Oh, mientras todavía lleva consigo este cuerpo de muerte y lo contempla con el ojo iluminado de su entendimiento, siente la grandeza de la miseria en la que se encuentra por naturaleza y clama: “¡Miserable de mí!”. Y cuando el deseo de la nueva vida se vuelve poderoso y el anhelo de perfección comienza a clamar dentro de él, entonces exclama: “¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?”

Así es como se produce el contraste. No hay duda, ni desesperación, ni terror temible, sino el amor de Dios derramado en el corazón, que se entristece por el antiguo poder del pecado que todavía está en sus miembros, es la profunda raíz de la cual nace la lamentación: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?”

¡Maravilloso y sin embargo, comprensible contraste!

¡Liberado y anhelando liberación!

¡Cántico triunfal de lamentación!

---

¿Quién nos libraré?

¡Doy gracias a Dios! ¡La liberación está a la vista!

Dios Trino es el Autor y la Garantía de mi liberación final.

Segura es esa salvación, porque descansa en el inmutable beneplácito del Padre, quien nunca abandona la obra de sus propias manos. Porque a los que Él conoció de antemano y en amor eterno los predestinó para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, a éstos también los glorificó.

Segura es esa liberación, porque está en Cristo Jesús.

Dios Trino lo envió en la semejanza de carne de pecado y por el pecado, para condenar el pecado en la carne. Y Él vino. Y Él se unió a la batalla por mí contra los poderes del pecado, la muerte y el infierno. Y Él salió victorioso. Y Él despojó al pecado del poder y el derecho de gobernar en mi vida. Y Él se levantó de las profundidades de la muerte y fue glorificado. Y ascendió al cielo, lleno de honor, llevando cautiva a la cautividad y con dones de consuelo para todos sus hermanos. Él mereció no sólo el principio sino también el fin; no sólo el inicio sino también la consumación de la salvación completa....

A través de Cristo Jesús, Dios también me libraré de este cuerpo de muerte.

Él me santificará y purificará por el Espíritu de nuestro Señor; Él me preservará y protegerá contra los poderes de las tinieblas que me asaltan por dentro y por fuera; pronto Él me glorificará, y cuando la casa terrenal de este tabernáculo sea derribada, me proporcionará un edificio de Dios, no hecho de manos, eterno en los cielos....

¡Entonces el cuerpo de muerte quedará atrás para siempre!

Él tendrá dominio también sobre mi cuerpo en el polvo de la muerte, y un día me revestirá, en cuerpo y alma, de gloria.

¿Quién me libraré? ¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!

¡A Él sea la gloria!

¡Ahora y por siempre!